do en el bello y puro semblante de Clemencia una iracunda mirada.

Pero aquel dulce rostro permaneció tranquilo; sus ojos, en los que ya se habia apagado el rojo resplandor de la cólera, devolvieron á Cárlos una mirada límpida y serena.

—Le veo,—dijo con voz tranquila y pura como el canto de un ave;—le veo cuando salgo, cuando me asomo al balcon, siempre; en todas partes; me ha enviado alhajas y no perdona medio de importunarme.

—¿Con quién te ha enviado esas alhajas?

—Con un criado.

—¿Y dónde están?

Clemencia miró absorta á su marido, y palideció al ver el relámpago de avaricia que brillaba en sus ojos.

—Las he devuelto,—contestó gravemente.

—¿Y qué eran?

—Un magnífico y completo aderezo de brillantes, y despues un collar de perlas.

—Podias haberme enseñado esas joyas antes de devolverlas,—dijo con acritud el esposo.

Y levantándose bruscamente, salió de la estancia y pasó á la suya para acostarse, sin decir á Clemencia ni una palabra de despedida.

VI.

El coronel desfallecia de dia en dia, de un modo tan triste como visible. Una pena sorda y contínua le consumia; veia á su hija llena de privaciones, á pesar de reunir su paga á la de Cárlos; la abundancia y el bienestar hubieran reinado en aquella casa á no ser por el vicio, que se tragaba los dobles recursos que la Providencia enviaba con su mano sábia y bienhechora; pero ¿qué hay que baste para los gastos absurdos de un libertino vulgar? El oro pasa entre sus manos, y va á las mujeres más viles y á los hombres más abyectos, sin que él quiera conocer su valor más que cuando ya se ve amenazado hasta de perder lo necesario á la vida, y cuando ya ha perdido todo asomo de dignidad.

Gracia procuraba consolar y animar al coronel, casi tanto como la misma Clemencia; era una niña adorable, y adorada por todos los que la tenian cerca; sus doce primaveras estaban llenas de encantos y de gracias. ¿Cómo de la misma madre, cómo del mismo seno habian nacido dos séres tan completamente distintos como Cárlos y Gracia? Misterio era este que el padre de Clemencia no sabia descifrar.

La niña ayudaba á Clemencia en todos los

quehaceres domésticos con una atencion, con una perseverancia incansables; adoraba á la pequeña Octavia, y se habia consagrado casi del todo á su cuidado; causaba admiracion el ver á aquel pequeño y lindo sér entrar, salir, asear las habitaciones, coser y cuidar de todo aquello que podia complacer á cada uno de los individuos de la familia.

Una tierna caricia de Clemencia, un beso paternal del coronel pagaba á cada instante sus esfuerzos; solo en la adusta fisonomía de Cárlos no se veia jamás ni el contento ni la sombra de la gratitud; todos los esfuerzos de la niña para complacerle eran completamente inútiles, y sus mimos encantadores se estrellaban contra aquella helada naturaleza.

—Papá Conrado, ¿por qué estás tan triste?—preguntó un dia Gracia, sentándose en las rodillas del coronel.

—Yo no estoy triste, ángel mio,—respondió el anciano con un esfuerzo supremo para sonreir.

—¡Yo veo tus ojos llenos de lágrimas!—exclamó Gracia, que sin saberlo dejó correr las suyas;—¡sí, papá Conrado, tú estás triste y enfermo!

—¡No hay tal!

—Sí, por cierto, y á mí me engañas; ¿quieres que te lea un rato para distraerte? ¿Quieres que

te recite la leccion de historia y la de geografía? ¡Por Dios, anímate! No comes casi nada; ¡ya no sales á paseo! ¿Quieres morirte? ¿Qué haremos entonces Clemencia y yo? ¡Ya sabes que mi hermano para nada se cuida de nosotras, y que tú eres nuestro amor y nuestra alegría!

Gracia, al decir estas palabras, tomaba las manos del anciano, las besaba y no se separaba de él hasta que le creia tranquilo y casi sonriente, sin adivinar el esfuerzo inaudito que le costaba el fingir una tranquilidad que se hallaba muy distante del viejo caballero.

Clemencia rodeaba á su padre de ternura y de cariño; despues de su hija era el objeto de su constante cuidado, y con ella era más explícito el coronel que con la niña Gracia.

—¡Me mata el verte desgraciada!—respondia siempre á las cariñosas preguntas de Clemencia.

En efecto, la muerte llegaba conducida por el dolor, pero un dolor lento, tenaz, sin alivio ni descanso alguno. En vano Clemencia se esforzaba por tranquilizarle, haciéndole ver que no era tan infeliz como él la suponia.

—¿No te tengo á tí?—le decia.—¿No tengo á mi hija? ¿No tengo á Gracia, que será pronto una amiga mia? ¿Por qué me he de quejar de mi suerte? Padre mio, no dejes á tu Clemencia aislándote en un dolor que te separe de ella; su suerte no

merece tan profundo dolor; ¿no hay mil más desgraciadas que yo? Cárlos se cansará y volverá un dia al lado mio; yo le recibiré sin amargura y sin reproches. Ignoro lo que hace; pero aunque fuera muy culpable, yo le amo, y mi corazon le absolverá siempre.

Estos consuelos no bastaban á cerrar la profunda llaga abierta en el corazon del coronel; su hija única, su Clemencia, el amor de su vida, era desgraciada para siempre.

Un dia, el coronel, que se habia levantado temprano, segun su costumbre, tuvo que volverse á acostar; una debilidad mortal se habia apoderado de él; acometióle un frio terrible, y una palidez cadavérica invadió sus facciones.

El médico que se llamó declaró que se hallaba muy grave; la dolencia del alma tomaba la forma de una aguda fiebre cerebral; el médico pidió para la noche junta de facultativos, que declararon al anciano en peligro mortal é imposible de evitar.

Cuando los médicos hubieron salido, llegó el sacerdote á llenar su ministerio, y despues de cumplidos sus deberes religiosos, el coronel hizo llamar á Cárlos y le pidió que se sentase á la cabecera de su lecho.

Allí permaneció más de una hora; lo que ambos se dijeron nadie lo oyó; pero la fisonomía del esposo de Clemencia tenia, al dejar la estancia

del moribundo, una expresion recogida y grave, á la par que profundamente triste. Encerróse en su cuarto, en donde permaneció solo por espacio de media hora.

Luego llamó á su mujer, la tomó las manos y le dijo con acento sentido esta sola palabra:

—¡Perdon!

—¿De qué?—preguntó Clemencia espantada de la alteracion que notaba en las facciones de su marido.

—De lo que te he hecho sufrir,—respondió Cárlos;—tu padre, tu pobre padre, que va á dejarnos, me lo ha hecho conocer.

—Yo no me he quejado jamás á él,—dijo Clemencia, enlazando sus brazos al cuello de su marido.

—Ya lo sé,—repuso Cárlos;—pero esto no amengua mi culpa, sino que enaltece tu virtud. Clemencia, perdóname te ruego, y ahora que vas á quedarte sin padre, cuenta con un amigo, con un sér que dedicará su vida entera á adorarte como mereces.

La alegría que la jóven experimentó al oir hablar así á su marido, dulcificó algun tanto la pena que le causó la muerte de su padre, acaecida á los dos dias; el anciano cerró los ojos con la plácida esperanza de una suerte mejor para su hija; así se lo habia prometido Cárlos, y en

su honrada buena fé, así esperaba que lo cumpliera.

Durante dos meses, Cárlos Labbé pareció acordarse bien de las promesas hechas al moribundo; no salia más que para ir al ministerio, y despues se volvia al lado de su familia; pero aquel hombre de naturaleza vulgar tenia muy pocos recursos en sí mismo; su educacion descuidada y su carácter superficial quitaban á su trato todo encanto; no gustaba de leer ni tenia aficion á las bellas artes; así es que no pasaba jamás de ese término á cuyo fin se siente el fastidio, como incansable vigilante y eterno guardador.

Despues de algunas palabras vagas y pálidas, cambiadas con Clemencia, cuyo entendimiento nada tenia de vulgar, acababa por tenderse en un sofá y dormirse profundamente.

Clemencia tenia el doble dolor de ver lo poco que intelectualmente valia su marido, y de ver tambien que se aburria á su lado; pero la desgraciada jóven, semejante á los idólatras, se complacia en revestir al objeto de su adoracion de perfecciones, para no tener que renunciar á él.

Cuatro meses despues de la muerte del coronel, la familia Labbé presentaba el aspecto más triste que nunca.

Disminuidos en gran manera los recursos con

la pérdida del anciano, las malas costumbres de Cárlos, así como la irascibilidad de su carácter, se habian aumentado prodigiosamente.

En vano habia buscado por todas partes á la hermosa mujer que él habia conocido con el nombre de Elvira, y á la que habia columbrado una noche de invierno como una aparicion fantástica; ¡en vano! Aquella mujer habia desaparecido de Madrid, segun se desprendia de los minuciosos informes que Labbé tomó con el cuidado más prolijo, ya por sí mismo, ya pagando, á peso de un dinero que no tenia, emisarios diestros y fieles, ya, en fin, por medio de la policía.

Así pasó algun tiempo. Octavia contaba cinco años cuando Clemencia dió á luz un niño, y este acontecimiento le trajo la primera alegría que desde hacia largo tiempo disfrutaba; su marido recibió al recien nacido con una indiferencia completa, y más bien manifestó pesar que alegría.

Gracia tenia quince años, y jamás quince años más bellos los ha soñado Byron, el más soñador y el más libertino de los poetas.

VII.

Hay en toda mujer jóven y hermosa cierta

inclinacion irresistible al sacrificio, cierta necesidad aun más de amar que de ser amada.

Las mujeres feas no comprenden esta necesidad, ó á lo menos, si la sieten, es solo durante los años de la primera juventud; despues, el mundo y los acontecimientos, el aislamiento en que viven, las decepciones, las esperanzas defraudadas, que las forman como un triste asilo, van desecando su corazon á la manera que el aire abrasado del desierto y el sol candente desecan y matan al jóven arbolillo que ha nacido en tan funesto sitio, de la semilla que un pájaro viajero dejó caer de su pico al cruzar la calcinada llanura.

Cuando el amor entreabre con sus delicadas manos las rosadas cortinas de la adolescencia, el corazon se abre á todas las ilusiones y á todas las ternuras; seguras de ser adoradas, hojeamos con infantil descuido las páginas aun puras y blancas del libro de nuestra vida, y aspiramos la ternura con toda la fuerza del alma.

Entonces el hombre que se acerca y que habla de amor, se hace el dueño eterno del destino de una jóven; si este hombre reune, no sobresalientes cualidades, sino las más comunes, como juventud, una figura agradable y una educacion regular, el débil y tierno sér que se halla detenido en el umbral de la vida, esperando alguno á quien amar, le da su corazon, y no contenta con

esto, le da tambien su gratitud, como si le hiciera un inmenso beneficio con unirla á su destino.

Entonces empieza para la mujer un trabajo sublime y que solo á ella pertenece: el de fabricar dentro de su pensamiento galas y preseas para adornar el objeto de su cariño; todo se conjura para ayudarla en este trabajo, así sus buenas cualidades como sus mismos defectos; su vanidad quiere que lo que ama sea, no solo digno de ella, sino envidiado del mundo entero; su generosidad le presta una grandeza que no tiene el sér que ama; y así de consuno todas las prendas de su corazon y todos los defectos de su carácter forman un semidios del que solo es un pobre mortal lleno de debilidades y á veces tambien de vicios.

Cegada por el amor la pobre enamorada, eleva cada dia poco más el pedestal, y no repara en que cada dia le va separando un poco más de sí; con esfuerzos supremos le sostiene á la vista del mundo, que admira, no su sublime ceguedad, sino la grandeza del que ella ha enaltecido; pero llega el dia en que, rendidas sus fuerzas, deja caer los brazos, y el ídolo viene al suelo, se hace pedazos, y descubre el barro vil de que estaba formado.

Tal es la historia del corazon de Clemencia, historia que es tambien la de muchas mujeres.

Aun despues de caido el ídolo, aquella noble

criatura tuvo el heróico valor de reunir sus fragmentos y de fabricar con ellos un sér á quien amar: ¡era el padre de sus hijos!

Esto era lo que se decia para consolarse á sí propia; la jóven cristiana, cándida y educada en la sencillez de la virtud, se apega á su esposo como la yedra al tronco; durante largo tiempo puede su marido ofenderla, martirizarla, torturarla impunemente; primero, no ve; luego, *no quiere ver*, y acaso esta obstinada y sublime ceguedad dura toda su vida.

Clemencia vivia en una atmósfera homicida; su pureza, su inocencia, su bondad, su mansedumbre no bastaban á contrarestar los miasmas hediondos de la corrupcion moral de su marido; pertenecia además á la desventurada clase media, á la pléyade de *mártires del siglo XIX*, como la llamaba Elvira, con aquel talento gráfico y terrible que anunciaba ya á la gran señora detrás de la vil cortesana. Clemencia tenia todas las necesidades de una naturaleza delicada, y no podia satisfacer ninguna. Nacida para la vida inteligente, se consumia en la prosa y en las pequeñeces de la vida vulgar, casera y miserable. No iba jamás al teatro; no oia música nunca; no tenia tiempo de ir al museo á recrear, no solo su vista, sino tambien su espíritu, en las obras maestras del arte; no podia ni aun leer, sujeta á los duros cuidados de nna vida doméstcia, estre-

cha y llena de penuria; el dinero escaseaba cada dia más, pues no existia en su casa el órden invariable que hubiera podido evitar la angustia y las privaciones.

De esta suerte pasaron aun otros tres años. Clemencia habia tenido algunos perseguidores, pues su pura belleza, aunque alterada con las penas y el dolor, no habia aun perdido su encanto incomparable; pero no habia tenido conflictos sérios, pues al ver su actividad digna y tranquila, se habian aquellos retirado; además, salia tan poco de su casa, que eran raras las ocasiones que tenian de verla.

El compañero de Elvira habia desaparecido con ella; devueltas las alhajas, nada habia vuelto á saber de él.

Gracia habia llegado á los diez y ocho años sin un solo pretendiente. Aun no habia resonado en su oido la palabra *amor*; toda la semana la pasaba en casa ocupada en las labores domésticas y en el cuidado de los niños; los domingos, la criada tomaba en brazos al pequeño Luis, ella ó Clemencia tomaban de la mano á Octavia, y se iban á respirar el aire á las alamedas del Retiro y á que Octavia corriese y gorjease como los pajarillos.

Estas salidas y la de ir á misa muy temprano los domingos y los dias festivos, constituian todas las de Gracia y Clemencia.

Las dos jóvenes se amaban profundamente, á pesar de sus diez años de diferencia; era Gracia de dulcísimo carácter y estaba dotada además de admirable talento. El de Clemencia sobresalia por una cualidad poco comun en las mujeres, por la benevolencia; esta cualidad adorable es la que más asegura la posesion del afecto de las personas que nos rodean. Clemencia, que se hallaba dotada de mil raras perfecciones, era indulgente hasta la abnegacion para los mil pequeños defectos de la niña; y aquella bondad de alma que su prosáico y vil marido ni sabia estimar ni aun comprendia, la pagaba Gracia con una ternura ilimitada.

Tal es el poder mágico de la indulgencia, que hace perdonar los defectos y hasta las faltas ajenas; las personas irreprochables, las personas perfectas, son pocas veces indulgentes con las faltas de los otros; esto da á su carácter una dureza y una acritud que les enajenan todas las simpatías; hallándose virtuosas quieren asimismo la perfeccion en todos los demás, y se creen con derecho á exigirla; los maltratados, juzgados por estas virtudes feroces, deploran la misma virtud y á veces llegan hasta encontrarla odiosa. Esas personas irreprensibles no sienten por las debilidades ajenas ni piedad, ni consideracion, ni misericordia; espian á los débiles, los condenan, los persiguen y los aborrecen; para ellos, la palabra

pasion es una mentira, el amor un desvarío, una locura peligrosa. Quieren hacer del deber el dragon que guarde las puertas del desierto de la vida; quieren regular con un compás, no solo todas las horas de la existencia, sino tambien todos los latidos de los corazones.

Por eso se halla pocas veces alivio ó consuelo en las personas completamente buenas y dichosas; buscad para contarle vuestras penas á una persona que haya amado y sufrido, no á la que haya vivido sin pasiones y sin luchas.

La indulgencia en una persona irreprensible es el ideal de la perfeccion humana; Clemencia, laboriosa y activa, llevaba muchas veces la parte de trabajo que la perezosa Gracia descuidaba. Sensible hasta el extremo, tenia una paciencia tal, que dominaba hasta la intensidad de sus impresiones. Dotada de un corazon grande y tierno, su raciocinio era tan luminoso y tan claro, que daba á las más difíciles cuestiones de la vida la más feliz, la más digna solucion posible.

Esa criatura admirable vivia, no obstante, sin amor; á pesar de su noble ceguedad, no habia podido dejar de ver la progresiva degradacion de su marido; le compadecia, pero no podia excusarle; aun le profesaba algun afecto, resto del que le habia tenido, pero ya no podia dedicarle ninguna estimacion.

Uno de los rasgos característicos de las almas

grandes, es la necesidad absoluta de aprecio: el amor no le basta, les es preciso tambien *estimar*; á veces prefieren el poder estimar á poder amar, y todo lo perdonan mejor que la infamia y la bajeza.

Clemencia habia llegado al triste período de tener que despreciar á su marido; los acreedores, que llamaban sin cesar á su puerta, siempre engañados y burlados, siempre con falsas promesas; las huidas de Cárlos al oir llamar á aquellas pobres gentes; sus vergonzosas excusas cuando le *atrapaban*; el tener la misma Clemencia que negar la presencia de su marido en la casa y ofrecerles con el rubor en la frente lo que sabia que no habia posibilidad de cumplir; el fatal valor de Cárlos de reincidir en aquellas deudas vergonzosas; todo eso llenaba el alma de la pobre esposa de un desaliento infinito, de una amargura que minaba cada dia su salud.

A pesar de la gran decadencia en que se hallaba su admirable y pura belleza, aun quedaban de ella hechiceros restos, segun se ha visto por la impresion que causó en el pintor Andrés Montalvo, al aparecer en el balcon de su casa.

Este dió un paseo matutino tan fuertemente preocupado, que no podia decir ni los sitios que habia recorrido, hasta que se halló sentado en una de las mesas del café Suizo, en frente de uno de sus pocos amigos.

VIII.

Las diez de una calorosa mañana de estío acababan de dar, cuando una preciosa jóven entró en la calle de Alcalá, viniendo de la Puerta del Sol.

La ancha acera estaba llena de un sol abrasador y candente, á pesar de lo poco avanzado de la hora. Pocas gentes tenian el valor de atravesarla; ya las persianas estaban herméticamente cerradas en todos los balcones; las tiendas tenian extendidas sus cortinas, y los escasos transeuntes buscaban la sombra que aun ofrecia la calle á aquella hora poco avanzada del dia.

La jóven ya mencionada iba tan absorta en sus pensamientos, que no buscaba el alivio de la sombra, sino que seguia su camino con toda la rapidez posible.

Su aspecto era á la vez modesto, digno y encantador; la flor de una inocente juventud se abria en aquella figura fresca y cándida, y brillaba en sus grandes ojos claros y límpidos como un lago sereno y trasparente.

No era muy alta su estatura; antes bien puede decirse que apenas llegaba á mediana; delgada y esbelta, de apariencia delicada y casi aérea, su humilde traje hacia resaltar la gracia casta